

ÁLBER  
VÁZQUEZ



JUANA  
LA REINA  
TRAICIONADA

En 1506, en Burgos, Felipe el Hermoso, el infame yerno de los Reyes Católicos, fallece en misteriosas circunstancias. Para todo el mundo es obvio que no se trata de una muerte natural. Pero ¿quién habrá querido matarle?

Su viuda Juana, la reina legítima, ha de conseguir los apoyos necesarios para poder gobernar. Tiene que hacer frente a la terrible campaña de desprestigio que su marido inició contra ella para declararla loca y sentarse en solitario en el trono de la poderosa Castilla.

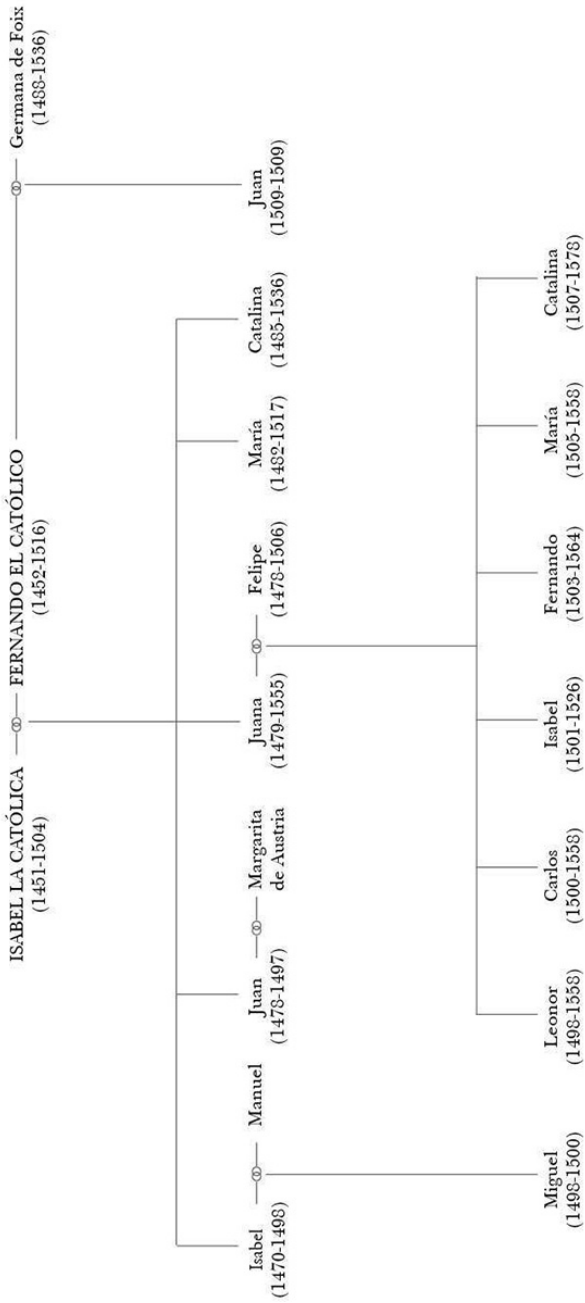
Así comienza la increíble historia de una mujer que lucha por no ser apartada de un lugar que, por derecho, le corresponde. Juana levantará el rostro y afirmará que nadie puede arrebatarle la corona que perteneció a su madre y que nada la imposibilita para reinar. Pero habrá de hacer frente a terribles enemigos, entre ellos su propio padre.

En este *thriller* histórico, narrado con excepcional pulso, todos ocultan sus motivaciones mientras un cadáver se dispone a vagar por los eternos campos de Castilla.

«Quando yo la vy, muy bien me pareció, y con buena manera y contendencia hablava, y no perdiendo punto de su autorydad; y aunque su marydo y los que venían con él la hazyan loca, yo no la vy syno cuerda».

ENRIQUE VII DE INGLATERRA

### ÁRBOL GENEALÓGICO



## 1

**F**elipe I de Castilla murió de madrugada. Esa es la primera certeza. Mal que bien, respiró durante las primeras horas de la noche hasta que, unos minutos después de las tres, dejó de hacerlo. Tenía veintiocho años y se encontraba muy lejos de casa, por mucho que él se empeñara en afirmar lo contrario. La vieja Castilla, la Castilla dura e inclemente que siempre te la guarda, jamás fue suya. Pertenecía a Juana, su esposa, la única dueña de un reino que Felipe no supo comprender.

Y, por ello, lo mataron. Esa es la segunda y última certeza.

El resto del asunto, sencillamente lo desconocemos. Lo desconocía, también, el hombre que se hallaba junto a la cama de Felipe cuando este expiró: Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo y mano derecha de la reina Juana, del rey Felipe, del rey Fernando y de no más reyes porque no había.

Cisneros tenía setenta años, aunque no exactos, pues el arzobispo nunca terminó de aclarar cuándo había nacido. Su carácter se lo impedía. O, por decir lo mismo aunque de otra manera, para que quien se enfrentara a esta incertidumbre comprendiera que el hombre que se alzaba en frente no sería fácilmente abarcable.

La estancia en la que murió el rey Felipe, una de las que daban al patio de la casa del Cordón, en Burgos, se encontraba iluminada con no menos de una veintena de cirios y lámparas. Cuando el sol todavía no se había pues-

to, Felipe se sumió en un sopor del que el médico aseguró que ya no salía. «Se nos va su alteza», dijo, y Cisneros asintió con gravedad y mandó que saliera de la estancia. Allí ya no pintaba nada. En el interior de la misma, permanecieron los tres lansquenetes alemanes que formaban parte de la guardia personal del rey; Fadrique Enríquez, el almirante de Castilla; Juan Manuel de Villena, hombre de confianza del finado; Fadrique Álvarez de Toledo, duque de Alba; la reina Juana, embarazada de cinco meses; y el propio Cisneros.

¿Quién mandaba ahora en Castilla? Esa fue la pregunta que Enríquez, Manuel y Cisneros se hicieron. En teoría, quien había expirado no dejaba de ser un don nadie. Rey de Castilla, esto y lo otro, pero porque estaba casado con Juana. Era ella la reina propietaria, la dueña de la corona, la auténtica soberana de lo que, si le dejaban, sería España. Sin embargo, ninguno de los tres hombres allí presentes daba demasiada importancia a la teoría. Ellos, por motivos distintos cada uno, consideraban que el trono, la gobernación de Castilla, para ser más exactos, se encontraba vacante. Lo cual, dicho sea de paso, suponía un problema.

Alba era el hombre del rey Fernando, padre de Juana y suegro del asesinado. La muchacha no le desagradaba, entiéndase, pero su lealtad se hallaba con Fernando. Verían cómo se las apañaban en adelante unos y otros, pero, de momento, dos cuestiones preocupaban a Alba: que nadie acabara con la vida de Juana, pues si la mataban o se moría, los intereses de Fernando en Castilla se esfumarían como el vaho en una mañana clara; y que dichos intereses se hicieran valer desde el preciso instante en el que se encontraban. En cuanto a Felipe, muerto estaba mejor. En unos pocos meses, casi les monta una guerra civil en Castilla. Su sorpresiva muerte les había venido de maravilla a todos y al rey Fernando, antes que a ninguno. Como viudo de la reina Isabel, y dada la indisposición de la viuda

Juana, la gobernación recaía en él. Ni más, ni menos. Alba protegería un destino crucial.

Enríquez no anhelaba el gobierno de Castilla. Conocía a Juana desde que, diez años atrás, la llevara en persona a Flandes para que se casara con el que ahora se enfriaba lentamente. El almirante de Castilla, hombre prudente y siempre fiel a Juana, despreciaba a Felipe. Nada extraño, por otro lado, pues a Felipe lo despreciaba casi todo el mundo. El interés de Enríquez solía detenerse en la protección de Juana, de la Juana corpórea, física, personal. Le caía bien la reina, le cayó bien desde que simplemente había sido una infanta de Castilla. Y sentía cierta compasión por ella, con lo que llevaba sufrido la muchacha... Si por Enríquez hubiera sido, él mismo habría enfilado con su espada al bastardo de Felipe y a su séquito de indecentes oportunistas. Le habían faltado al respeto demasiadas veces a Juana. A ella y a lo que ella representaba: el linaje de los Trastámara, la casa más recia y poderosa de Europa. Malditos flamencos follacabras. Ojalá el infierno fuera lo suficientemente amplio para acogerlos a todos.

Juan Manuel pensaba más o menos lo mismo acerca de los flamencos, con la esencial diferencia de que él era un follacabras más. Castellano de los pies a la cabeza, hizo fortuna en Flandes, lo uno llevó a lo otro y terminó convertido en la mano derecha de Felipe. Ni al excusado iba el rey sin consultarle antes, tal era el poder que había llegado a reunir Manuel. Esos días habían finalizado, podría decirse que por desgracia. O no, porque para los arribistas como Manuel, cualquier infortunio, por profundo que sea, tiene un envés en forma de oportunidad. Debía salir adelante. Y saldría, desde luego que lo haría. Pensándolo fríamente, manipular a Juana sería mucho más sencillo que manipular a Felipe. Además, con Felipe criando malvas, su séquito se vería obligado a retornar a Flandes. Si permanecían en Burgos, emborrachándose día sí y día también, molestando a las mujeres, robando en los caminos y ate-

sorando prebendas y beneficios que no les correspondían, los castellanos terminarían por rajarles el cuello uno a uno. Porque los castellanos podían parecer muy poca cosa a simple vista, tan apocados y retraídos, pero se movían bien en la noche con una daga en la mano. Y, para el cuello del flamenco, todos los filos del mundo les parecían insuficientes.

Cisneros, por su parte, pensaba poco en el rey y mucho en el reino. De los presentes, con diferencia era el hombre de mayor rango y edad. De hecho, ya gobernaba él, aunque, y esto es bien cierto, no quisiera. Un día antes, había escrito al rey Fernando, que estaba rumbo a Nápoles, y le había pedido que regresara para hacerse cargo de la gobernación. Tenía, entre manos, un asunto que los superaba a todos y, al parecer, solo la presencia de Fernando podría sacarlos del apuro. Alguien se vería obligado a gobernar en lugar de Juana, pues ¿cómo iba Juana a hacerlo por sí misma? A Juana debían cuidarla, mantenerla con vida, y poco más.

Lo cual tampoco era un asunto menor. Cisneros sabía que Juana, en tanto que reina de Castilla, necesitaba protección. Para ello, él mismo y de su bolsillo, había reunido, meses atrás, una tropa pue de que breve, pero valiente y dispuesta. No reparó en gastos, Cisneros, y mandó comprar las armas que fueran necesarias, los mejores pertrechos, escopetas de las que te descerrajan un tiro y no lo cuentan. El arzobispo, quien ya por entonces sabía muchas cosas y sabía, mejor aún, quién era capaz de proporcionártelas, encargó a un mercenario veneciano de nombre Jerónimo Vianello que le formara un cuerpo de quinientos infantes a su directo servicio. Los tenía cerca, en las afueras de Burgos, preparados aunque sin llamar la atención. Vianello, puesto al mando de la infantería de Cisneros, hacía las veces de capitán y respondía directamente ante el arzobispo. A diario, ambos hombres despachaban con discreción. Más aún, desde que el rey Felipe



cayera misteriosamente enfermo. «Lo han envenenado», sentenció Vianello. «No lo sabemos», repuso Cisneros, prudente. Pero sí, lo habían envenenado, y precisamente ese era el motivo de que Vianello y sus quinientos hombres aguardaran en las inmediaciones de Burgos.

Había que proteger a Juana.

¿De quién? En resumen, de todos. A esta certeza tan simple había llegado el arzobispo Cisneros. Muerto Felipe, quien la torturaba miserablemente pero también la protegía pues su reino era de ella, a Juana le brotaban los enemigos por doquier. Castilla se hallaba desgobernada, con tres mil lansquenets alemanes y ni se sabe cuántos caballeros flamencos haciendo de las suyas en el corazón del país. Tras la muerte de Felipe, se verían expuestos y no resultaría extraño que tomaran como rehén a Juana para, en adelante, jugar esa carta. Por otro lado, Cisneros no se fiaba demasiado de los propios castellanos. Muchos de los cuales se habían sumado, en las últimas semanas, a la causa de Felipe. El rey consorte les prometió el oro y el moro, y ellos se dejaron querer. Castilla solo hay una y es para el que la trabaja. A trabajársela se pusieron, junto a un Felipe que ahora, vaya por Dios, se encontraba muerto. Con el culo al aire, muchos intentarían jugar la baza de Juana para no perderlo todo.

En aquella madrugada del 25 de septiembre de 1506, demasiada gente daba por hecho que a Felipe lo habían matado y que a Juana la querían matar. Cisneros, que sintió el peso del destino cayéndole sobre los hombros, comprendió que estos dos asuntos le concernían exclusivamente a él. Se ocuparía de ellos en cuanto saliese el sol. Mientras tanto, Juana.

–Deberíais retiraros a descansar, alteza –dijo el arzobispo. En la estancia, hacía más de una hora que nadie pronunciaba una sola palabra. El ambiente se había ido cargando más y más, pues los reyes siempre mueren a puerta cerrada.

Juana, la única persona que, en el cuarto, permanecía sentada, levantó la cabeza hacia Cisneros. Posaba ambas manos en el vientre, donde dormía la sexta de las criaturas que alumbraría.

—Aún no —repuso con voz tranquila.



Entre unos y otros, consiguieron que Juana diera su brazo a torcer y, acompañada de cuatro de sus damas de compañía, se retirara a sus habitaciones privadas. A Juana, se dijo Cisneros, convenía manejarla con mucha delicadeza ahora que se estrenaba como viuda. No se merecía la mala vida que le había dado el difunto, esa era la verdad. Fuera como fuese, y aunque a Cisneros le diera pena la muchacha, su cometido se limitaría a protegerla y a proteger, sobre todo, lo que ella encarnaba: la corona de Castilla y el orden que la misma proporcionaba al reino.

Con Juana retirada, Cisneros se trasladó a su despacho y comenzó a disponerlo todo. Todo, que, en este caso, no era poco. El futuro del reino se hallaba en juego, ni más ni menos. En primer lugar, mandó llamar al capitán Vianello. «Ha llegado el momento», decía sucintamente la nota que le envió. Lo demás, se desprendía, y Vianello conocía qué debía hacer. Aquella misma noche, los quinientos infantes que solo respondían ante el arzobispo Cisneros se dirigieron a la casa del Cordón y la rodearon. Unos cuantos lansquenets alemanes que dormían la mona en las inmediaciones se despertaron y los miraron con cara de pocos amigos. Los infantes castellanos se llevaron un dedo índice a los labios y les ordenaron que callaran. «Vosotros ya no mandáis aquí, hijos de puta, y más os vale mantener el pico cerrado si queréis conservar la vida». Quisieron.

Jerónimo Vianello pertenecía al tipo de hombre en el que se puede confiar a muerte mientras el flujo de dinero no se interrumpa hacia su bolsillo. Cisneros, que por su

parte pertenecía al tipo de hombre que sabe que esto es así siempre o casi siempre, pagaba generosamente al veneciano. El arzobispo, aunque de cuna humilde, se había enriquecido, casi sin querer, durante las décadas anteriores. Después, tomó el hábito franciscano, hizo voto de pobreza y decidió que gastaría sus dineros en extender su sentido del universo: un orden debe ser siempre preservado. Y en esas estaba, preservándolo. El orden se llamaba Juana.

Cuando Vianello accedió al interior de la casa del Cordón, Cisneros le llamó a su despacho y le dio una única instrucción: «Quiero que tomes el control del palacio». Vianello asintió, aunque comprendió que no resultaría una tarea sencilla. Dentro de la casa había caballeros y soldados alemanes hasta debajo de las alfombras. Le costaría llevar adelante el encargo, máxime cuando, mientras lo hacía, se debía mantener a salvo a la reina Juana.

–Tenéis de plazo hasta el mediodía, capitán –dijo Cisneros.

–Como ordenéis, excelencia reverendísima –expresó Vianello.

El veneciano regresó al exterior del palacio y se reunió con sus hombres. Pronto amanecería, lo cual significaba que contaban con aproximadamente seis horas para cumplir la orden de Cisneros. Se aprestaron a ello.

Mientras tanto, Cisneros firmó una carta dirigida al prior de la cercana cartuja de Santa María de Miraflores. En ella requería que uno de los monjes del monasterio se presentara en la casa del Cordón en cuanto amaneciera y los caminos fueran seguros. Al arzobispo, le caían bien los cartujos. Los juzgaba algo excesivos, pero, para un franciscano observante como él, un cartujo contemplativo no suponía lo peor del mundo. Con los de Burgos tenía buenos tratos y había visitado la cartuja en dos ocasiones desde que la corte se estableciera en la ciudad. En algunos mo-

mentos, hasta los envidiaba. En fin, llegarían tiempos mejores para todos.

El monje cartujo al que Cisneros había emplazado se llamaba Beltrán de Ayllón y, desde que vistiera la cogulla blanca hacía dieciséis años, Cisneros no había sabido nada de él. En sus visitas al monasterio, ambos hombres no se cruzaron, algo nada inverosímil en un lugar de aquellas características. Sin embargo, Cisneros, quien hacía de la tenencia de información un arte, sabía que, sin la menor duda, Ayllón rezaba entre aquellos cuatro muros. Y sabía, también, que Ayllón, mucho tiempo atrás y antes de ingresar en la orden cartuja, había desentrañado un oscuro crimen en Salamanca. Un bachiller mató a varias mujeres, las descuartizó y arrojó sus restos al Tormes. Ayllón era entonces poco más que un joven sin oficio ni beneficio, pero, apenas inquiriendo y permaneciendo muy atento a lo que aquí y allá se decía, descubrió al autor del asesinato múltiple y lo puso en conocimiento de la autoridad. Años más tarde, Cisneros supo que Ayllón había ingresado como novicio en la cartuja de Burgos. Como sucedía con varias decenas más de personas y personajes que el arzobispo consideraba dignas de atención, mandó que le informaran de cualquier cambio en la existencia de Ayllón. No hubo ninguno, más allá de que, una vez finalizado el noviciado, tomó el hábito. Y allá continuaba, en Miraflores.

Ahora, lo requería. Necesitaba que averiguara quién había matado al rey Felipe.



De inmediato, Vianello comenzó a introducir infantes en la casa del Cordón. Lo hizo a través de una ventana de la fachada posterior. Alguno de ellos, mientras saltaban al interior, dijo que parecían ladrones colándose en el palacio de un grande. El capitán Vianello repuso que exactamente eso eran ellos: los tipos que le iban a robar el trono a los

flamencos. Rieron por lo bajo y continuaron accediendo al edificio. Allí, nadie sentía ni la menor simpatía por los flamencos. Esa gentuza sí que estaba robando en Castilla, y no de modo figurado o hiperbólico: desde que llegaron, no habían hecho otra cosa que arrebatar y despojar hasta de lo más esencial a las buenas gentes del país. Comida, incluso, los muy miserables robaban comida allá por donde pasaban. Algo así no se había visto jamás. Porque de los reyes y las cortes que los acompañaban podría hablarse largamente, y hasta sin pelos en la lengua, pero nadie afirmarí­a que no pagaban por lo que se echaban a las tripas. Con la llegada de los flamencos, hasta algo tan simple como esto cambi­ó.

En el palacio, entraron un total de setenta soldados. El resto de la dotación del capitán Vianello, hasta completar el medio millar, se mantuvo en el exterior, bien apostado en la penumbra de la primera alba. La orden que el capitán les había dado era que regresaran a la puerta principal y aguardaran las instrucciones que, desde el interior, les llegarían. Asintieron. Cada hombre portaba una escopeta cargada. En total, cuatrocientos treinta disparos. Podrían haber abatido a gran parte de la tropa flamenca. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Sin embargo, los deseos de Cisneros no pasaban por ahí. Al arzobispo, entendiéndose, no le disgustaba la posibilidad quirúrgica: si una pierna se gangrena, uno suspira y acepta que la amputen. Con todo, entre tropa y caballeros, los flamencos sumaban sus casi tres mil hombres. Muchos de ellos, con Felipe, su señor, muerto, con muy poco que perder. Llegaba, pues, la hora de la diplomacia, entendida esta como el modo de enviarlos de regreso a casa más por la fuerza que atendiendo a razones, aunque evitando los escándalos y las escaramuzas. Una operación limpia, solicitaba Cisneros.

En el interior de la casa del Cordón, los hombres de Vianello, con este a la cabeza, comenzaron a avanzar y

desplegarse por los pasillos del palacio. Se movían con pausa, sin perderse de vista los unos a los otros, armados hasta los dientes. Cada soldado manejaba una escopeta nuevecita. Días atrás, les hicieron unos cuantos disparos en un bosque cercano, más que nada porque los infantes juraban que daba mal fario salir a combatir con un arma virgen entre las manos. Las estrenaron, pues, y no hubo hombre que no quedara asombrado de la fineza con la que las balas partían ramas y hasta piedras. Sonrieron. Ojalá el Señor les pusiera unos cuantos flamencos en el punto de mira.

En los pasillos del palacio, se toparon con lansquenetes haciendo guardia ante varias puertas. Se encontraban amodorrados, dormidos algunos de ellos. Los infantes sabían cómo dormir de pie, y hasta a la pata coja, de modo que no les pilló por sorpresa la actitud de los lansquenetes. En fin, a lo que estaban.

—Eh, hijoputa —dijo Vianello tocando en el hombro a uno de ellos.

El lansquenete abrió los ojos, farfulló algo en alemán o en a saber qué y trató de irse a por el capitán. Una docena de cañones lo apuntó de inmediato. Los infantes castellanos tenían los dedos en los disparadores y bastaba con que Vianello diera la orden. Lo que luego vendría, lo desconocían, pero a este cabrón le volaban, literalmente, la cabeza.

No hubo suerte y el lansquenete se rindió. Bajó los brazos, los situó junto al cuerpo y, en aquel pasillo apenas iluminado por la tenue luz que comenzaba a colarse a través de las ventanas de la edificación, mostró dos hileras de dientes perfectos a los españoles.

—¿Le podemos partir la piñata, capitán? —preguntó el infante que más cerca se hallaba del lansquenete.

—No, dejadlo en paz —respondió Vianello—. Venga, continuemos.

Allí había tropa alemana y flamenca por todas partes. Sin duda, a estas alturas, sabían que Felipe había pasado a mejor vida y que, desde el momento exacto en el que lo hizo, la situación de su séquito en Castilla se había vuelto, cuanto menos, delicada. Quien más quien menos daba por sentado que los retornarían más pronto que tarde. Su aventurilla en el sur había terminado y el poder regresaba a la histérica de Juana, esposa hasta hacía unas horas de su señor y flamante viuda del mismo en adelante. En Castilla hacía un calor insoportable y olía a ajo, así que, y sin alegrarse del motivo que los devolvía a Flandes, hasta les satisfacían las nuevas circunstancias. Depusieron las armas sin decir esta boca es mía y los hombres de Vianello fueron tomando, poco a poco, el control de la casa del Cordón.



Beltrán de Ayllón llegó al palacio apenas media hora después de que amaneciera. Tenía treinta y siete años, aunque aparentaba alguno más, y, para la ocasión, se había vestido una cogulla nueva. El prior se lo indicó: «Qué van a pensar de nosotros si, para una vez que se nos requiere, nos presentamos con el hábito hecho trizas». Ayllón alegó que precisamente el hábito hace al monje y que el voto de pobreza constituía, entre los cartujos, su principal señal de identidad. El prior arguyó que desde luego que sí, pero que, no obstante, hiciera, Ayllón, el favor de presentarse en la casa del Cordón con una cogulla sin remiendos.

El cartujo se encontró con un palacio tomado por los soldados. La actividad, febril ya a aquellas horas de la mañana, lo sorprendió un tanto. Él llevaba dieciséis años sin salir de Miraflores, pero, lo comprobó de inmediato, el mundo no se le había olvidado. Reconocía los movimientos de las gentes, leía en sus actitudes, en el modo que tenían de dirigirse las unas a las otras, de acercarse para